

P. Pablo José Fuentes omi.

“VIVIR EN EL AMOR ”

Para descubrir y fortalecer el verdadero amor

INDICE

PRESENTACIÓN:	4
INTRODUCCIÓN:	5
PRIMERA PARTE:	
LAS TRES ETAPAS DEL AMOR.....	7
a) Enamoramiento.....	7
b) Desilusión.....	9
c) Reafirmación.....	13
SEGUNDA PARTE:	
LOS CUATRO DONES DEL AMOR.....	18
ELEVACIÓN.....	19
IRRADIACIÓN.....	25
PATERNIDAD.....	31
SANACIÓN.....	39
APÉNDICES.....	48

PRESENTACIÓN:

La Jornada de **Vivir en el Amor** pertenece al programa de **Hogares Sanos y Apacibles**. Es una más de sus herramientas. Y quiere contar también con un material escrito para poder trabajar en el hogar.

Por ahora **Vivir en el Amor**, es como la hermana menor de las publicaciones de Ho.S.A..

Junto con la Jornada de “Los 5 Lenguajes del Amor” nacieron en Mendoza en el 2007.

La Jornada de **Vivir en el Amor** pretende seguir los pasos y los buenos ejemplos de sus hermanos mayores: los cursos “De los Sentimientos a los Valores” y “Compulsiones”, y el retiro de “Caja Negra y Sanación Interior”.

Los aportes de la familia Cirone-Noguerón fueron muy valiosos tanto en la implementación de la Jornada como en esta escritura.

Margarita y Mario (21 años de matrimonio) comparten:

“Participar varias veces con nuestros hijos en la Jornada de Vivir en el Amor y en la escritura de este material es un honor de grandes dimensiones para nosotros. Como “familia en lucha”, este servicio es, sin duda, todo un desafío con muchas exigencias, pero que también nos llena de placer.

Nos maravilla ver por dónde nos está llevando Dios agarrados de estas herramientas.

No nos queda más que darle mil gracias a Él y a todas las personas que nos apoyan con esta espiritualidad”.

Leo (20 años): *“Participar en todo esto me pone muy feliz”*

Sofía (16 años): *“Me da orgullo; me siento valorizada. Y deseo que estas herramientas le sirvan a otros hogares”*

Franco (11 años): *“Espero que les guste”*

INTRODUCCIÓN:

En este tema de “Vivir en el Amor” vamos a tener siempre como *telón de fondo* y como *referencia* **el amor del matrimonio**, ya que este amor es la expresión más grande del amor que Dios pone entre los seres humanos.

No es fácil, en los tiempos en que vivimos, afirmar que el verdadero amor de una pareja procede de Dios. Insistimos: **el amor de pareja lo pone Dios mismo en cada persona**. En el primer libro de la Biblia leemos: Dijo Dios: “*No es bueno que el hombre esté solo. Le daré, pues, un ser semejante a él... formó una mujer y la llevó ante el hombre... Por eso dejará el hombre a su padre y a su madre para unirse a su mujer, y pasan a ser una sola carne*” (Gn. 18,2,22,24) Y en el Evangelio Jesús aclara y añade: “*De manera que ya no son dos, sino una sola carne. Pues bien, lo que Dios ha unido, no lo separe el hombre*” (Mt.19, 6).

Y, por ser de Dios, el verdadero amor de pareja no se acaba.

Los seres humanos lo podemos deteriorar constantemente, hasta tener la impresión de que ya no existe más. Pero, por ser de Dios, el verdadero amor de pareja permanece para toda la vida. Dios no lo puede dar por un tiempo, o mientras nos sintamos en paz el uno con el otro, sino que Él mismo se compromete a mantenerlo.

El amor de pareja no es **un contrato**, donde, si uno falla, el otro queda libre; sino **una alianza**, donde el compromiso de cada una de las partes permanece, aunque el otro falle.

Teniendo esta visión del verdadero amor, intentaremos hacer las aplicaciones correspondientes con respecto:

- al amor del noviazgo
- al amor de padres a hijos y de hijos a padres
- al amor de la amistad

-al amor de los consagrados por la gente y viceversa ya que el origen del amor, de todo amor verdadero (repetámoslo una vez más) es uno sólo: Dios.

Pero, evidentemente hay una diferencia que debemos tener muy en cuenta: **la exclusividad**.

En el matrimonio y en el noviazgo el tipo de amor es exclusivo: del uno para el otro. No podemos querer a otra persona de la misma manera que queremos al esposo o a la novia.

En cambio el amor de padres a hijos o de hijos a padres y de amigos no es exclusivo: puede ser muy intenso, pero no se centra el uno en el otro en forma exclusiva, sino que está abierto también a otras personas. Un buen amor de amistad admite otros amigos. Lo contrario sería un amor al estilo de una pareja.

Lo mismo podemos decir del amor de los consagrados y de los sacerdotes hacia la gente, y de la gente hacia los sacerdotes y los consagrados : sí debe ser real, profundo y comprometido, pero no puede ser nunca exclusivo ni excluyente por más fuerte que sea.

LAS TRES ETAPAS DEL AMOR

Es muy importante que cada persona tenga bien en cuenta que en toda relación, y especialmente en una relación de verdadero amor, más pronto o más tarde, se dan y se repiten estos tres momentos o estas tres etapas del amor:

Enamoramiento – Desilusión - Reafirmación

ENAMORAMIENTO: es cuando nos entusiasma lo bueno de la otra persona; y a veces es tan grande este entusiasmo, que no le vemos o no le damos importancia a las fallas que pudiera tener. Podemos llegar hasta a “estar ciegos” frente a los errores de la otra persona. En esta etapa tenemos tanta necesidad de dar y de recibir amor y lo disfrutamos tanto que nos parece lo más maravilloso que nos puede ocurrir. Pasa a ser como una locura gratuita y casi inevitable.

Esposa: “Cuando conocí a mi marido, a los 18 años, todo en él era perfecto. Por momentos no lo podía creer... ¡Tanta perfección! Era ni más ni menos que mi príncipe, que venía a rescatarme todos los días, en vez de en un caballo blanco, en un Renault 12 celeste.

Su actitud celosa y cuidadora me conquistaba cada día más. No podía pasar un sólo momento sin pensar en él. Y lo maravilloso era que él decía, pensaba y actuaba tal cuál yo lo soñé. ¡Imposible más perfección!”

Esposo: “Yo tenía 19 años cuando conocí a mi esposa. Fue una etapa de profundas emociones y alegrías. Para mí era una mujer muy atractiva, muy linda, y despertaba en mí sensaciones jamás sentidas. En mi mente sólo existía ella. Sentía grandes necesidades de verla, de compartir cada minuto de mi vida. En ella encontraba la mujer ideal, tanto

físicamente como también en la docilidad. Era justo a mi medida.”

En el noviazgo esta etapa de **enamoramiento** es clara, espontánea y, normalmente, prolongada

Esta etapa, como padres, también nos pasa con nuestros hijos. Hay momentos de **enamoramiento** donde los hijos nos parecen lo más maravilloso del mundo y nos quedamos paralizados contemplándolos; o comentamos con otras personas sobre los hijos extraordinarios que tenemos.

También nos pasa como hijos. Hay edades donde a nuestros padres los podemos comparar sólo con el héroe máximo de la época. Hay días en los que, como hijos, valoramos todo lo que los padres hacen o hicieron por nosotros, todos sus sacrificios.

Adolescente (16 años): *“Me encanta cuando mi mamá me escucha, me comprende y sé que puedo hablar con ella. Todas mis amigas saben que yo tengo una muy buena relación con mis padres, y verlos participar de Hogares Sanos y Apacibles me llena de orgullo.”*

Entre amigos también se da esta etapa de **enamoramiento**. Vemos cómo que por fin encontramos el amigo/a o el grupo de amigos que buscábamos. Los idealizamos, sobre todo en la época de la adolescencia, donde la amistad adquiere una importancia muy grande. Parece casi una necesidad biológica estar con los amigos, aunque también nos hagan sufrir a veces.

Entre el sacerdote y su comunidad también se da esta etapa, aunque no siempre a los comienzos de la relación, ya que a veces tiene que hacer todo un esfuerzo de acercamiento a la gente. Mucho depende de la madurez de la comunidad y de la apertura a recibir un sacerdote nuevo, así como de la huella que dejara el sacerdote anterior.

Es muy importante en esta etapa de **enamoramiento** ver lo bueno de la otra persona, admirarlo y dejar que nos entusiasme, pero sin perder toda objetividad, claro está.

Es necesario saber que este estado no es permanente; y a veces se deteriora muy rápidamente por las exigencias de la diaria convivencia.

Estar verdaderamente enamorado, como esposos, como novios, como padres, como hijos, como amigos o como sacerdotes con sus feligreses no es necesariamente vivir en permanente estado de enamoramiento.

DESILUSIÓN: es cuando uno comienza a experimentar que algunas cosas de la otra persona molestan en la relación; incluso lo que me atraía de ella/él, va perdiendo importancia en mí o me parece que no es como yo pensaba, o que exagera. A veces la **desilusión** puede ser muy profunda, y llegar a pensar que me equivoqué; que eso no lo voy a poder soportar toda la vida.

Algunos piensan cuando están en esta etapa, que ya se acabó el amor. Si nunca hubo un amor verdadero, es posible que ahí termine todo. Pero puede ser una etapa muy rica, aunque dolorosa, cuando el amor es verdadero. Por eso es muy peligroso tomar decisiones de separación en los momentos de **desilusión**. Las desilusiones son inevitables.

Esposa: *“A los 3 años de casada entré yo en esta etapa de **desilusión**, cuando agarrándome la cabeza me dije: ¿Qué hice? Me mintió. ¿Dónde quedó todo lo maravilloso? Fingió todo el tiempo, sólo para hacerme sufrir. Todo en él era malo, de mal gusto, y si algo bueno sobresalía, inevitablemente yo*

me encargaba de ponerle barro encima para que nada en él brillara.

En verdad lo que había cambiado era mi mirada. Todo lo que me gustaba: sus celos, su protección, ahora me ahogaba y era un problema de él. Llegué a pensar que no tuve suerte; que me tocó un marido con mal carácter, y mi función en adelante sería solamente aguantar. O la otra opción sería saltar y volver a comenzar con otra pareja, donde todo fuera maravilloso como lo fue esta relación en un principio.”

En el noviazgo, aunque sea doloroso, si el amor es verdadero, también es muy beneficioso pasar por etapas de **desilusión**, llegando a preguntarse cada uno si será capaz de soportar esto toda la vida, porque ya las cosas no son como antes.

*Esposo: “Yo vengo de una familia un tanto cerrada: mis padres son italianos los dos. Cuando conozco más íntimamente a la familia de mi esposa, después de un año de noviazgo, me doy cuenta que los estilos de vida eran muy diferentes. En mi familia el trabajo era para los padres. Los hijos debíamos sacar una carrera, aunque conmigo no lo lograron, como con mis hermanos. En cambio mi novia trabajaba desde los 13 años, al igual que sus padres, y a mí me ponían mala cara porque decían que era un vago, y había rumores negativos por detrás de mí. Ver el entorno de mi novia, me hacía dudar de ella, y pensaba que así no íbamos a poder formar nunca una familia, pues las diferencias económicas, sociales, culturales y de estilo de vida eran muy marcadas entre las dos familias. Ésta fue mi mayor **desilusión** en el noviazgo. En el matrimonio también me desilusioné cuando, al año de casados, me di cuenta de que por su carácter quería imponerme siempre sus puntos de vista, y ya no era la mujer dócil que yo había conocido.”*

La **desilusión** también se da en los padres con respecto a los hijos. Hay algunos padres que crean alrededor de sus hijos ciertas expectativas y exigencias exageradas, sólo con el afán “*de que ellos sean lo que nosotros no pudimos ser*”.

Cuando los hijos son grandes es común escuchar frases como:

- *Con todo lo que yo hice por vos...*

- *Te di toda mi vida...*

- *Nosotros nos privamos de un montón de cosas ¿para que llegaras a ser esto?*

Otras veces la **desilusión** de los padres es porque alguno de los hijos tomó un camino torcido, o vive de una forma muy distinta a la que se le enseñó en la familia. ¡Qué difícil resulta asumir que un hijo cayó en la droga, el alcohol, o se fue de la casa!

- *¿Valió la pena ser padre o madre cuando los hijos te pagan así?*

Los hijos también pasan por ésta etapa de **desilusión**, principalmente cuando sale el “no” en lo mejor que ellos estaban jugando. Sobre todo en la adolescencia, cuando ven los errores, cuando los padres dejan ya de ser sus héroes, y los juzgan con mucha dureza. El dolor en ellos es muy grande, pueden llegar a alejarse de la familia, y hasta sentir vergüenza de ella.

Adolescente (16 años) “*En esta etapa de desilusión yo caigo muy a menudo, cuando mis padres me ponen límites que otros padres no les ponen a mis amigas. Y al ver que otras chicas consiguen salir más, aunque sea mintiendo, pienso que los míos no son tan buenos padres, les digo cualquier cosa ofensiva, y hasta me encuentro tentada a mentir o a callar para conseguir lo que quiero.*”

Más difícil es aceptar errores graves de los padres, como infidelidades ocultadas por años. Hay hijos que, por no

perdonar, viven en permanente **desilusión** con respecto a sus padres, con el riesgo de repetir en su pareja los mismos o parecidos errores, ya que “lo que no se perdona a los padres lo paga el cónyuge”

Es muy probable que se digan a si mismos:

-Yo voy a hacer las cosas diferentes

-No acepto esto

-Ellos tienen que cambiar

En la amistad también se da esta etapa de la **desilusión**, que es muy dolorosa. Descubrimos que éste amigo no es como yo pensaba; ¡me defraudó! O que este grupo de amigos es muy interesado.

-¿Cómo pudo hacerme esto? ... ¡si yo confiaba plenamente!

-¿Cómo me pudieron dejar de lado, o hablar de mí en el grupo esas cosas que no son ciertas... !

Se nos cae la venda de los ojos. Y es justamente allí donde comenzamos a ver lo malo de la otra persona; descubrimos cosas negativas que no queríamos ver anteriormente, y podemos llegar a pensar que mejor si esa persona desapareciera de mi vida.

-¡Cómo fui tan ingenuo/a y no me di cuenta!

-¡Tendría que haber prestado más atención a lo que todos me decían, y yo no quería ver!

La **desilusión** puede tomarse como algo muy natural por parte de algunos sacerdotes, que ya se acostumbraron a no ilusionarse demasiado con la gente, y a poner distancias, precisamente para no sufrir desilusiones. Pero también puede ser muy fuerte del lado de los feligreses cuando idealizan a un sacerdote y después descubren sus limitaciones y hasta sus miserias humanas. A no pocos esto los enoja y los lleva hasta alejarse de Dios.

La mirada tan reducida en el **enamoramiento** nos hacía ver sólo lo bueno de la persona, y en esta etapa de la **desilusión**, pareciera que sólo vemos lo malo. Ninguna de las dos etapas es verdad absoluta. Se necesita tiempo, paciencia y mucha caridad, para salir y mirar al otro con los ojos verdaderos.

REAFIRMACIÓN: El amor verdadero supone un esfuerzo lúcido y costoso, constante y doloroso. Es más duradero y menos turbulento que el enamoramiento, pero hay que trabajar duro para sostenerlo.

En lugar de utilizar mi energía para cambiar al otro, es mejor, si queremos reafirmar el amor, utilizarla para observar qué hay en mí para que me molesten tanto las actitudes del otro: lo que hace o lo que dice.

Para llegar a esta etapa de **reafirmación** es muy importante salir de las fantasías propias de la etapa del **enamoramiento** y pensar en la pareja desde lo realmente posible.

Lo mismo podemos decir de los hijos, padres, amigos y sacerdotes.

Es necesario pasar del **enamoramiento** a vivir en el día a día, en el plano de la realidad. La vida diaria sigue siendo la gran cuestión. La convivencia es una prueba complicada en la que demostramos muchas cosas de nuestra personalidad. Esto implica, además de la fe en el Dios que nos regaló el amor, un esfuerzo importante de voluntad y una capacidad suficiente para aceptar, vivir y compartir con otra u otras personas.

Para lograr la **reafirmación** es imprescindible:

-enfrentarme conmigo mismo, con mis sentimientos más profundos y reiterados, y aceptarlos

- buscar sanar mis viejas heridas (como explicamos en Caja Negra)
- descubrir mis compulsiones y cómo éstas nos están afectando en la relación diaria

Es imprescindible también el conocimiento de la otra u otras personas con las que convivimos:

- aceptando sus sentimientos más profundos y reiterados como una forma de aceptar a cada persona
- comprendiendo sus viejas heridas y cómo le afecta a cada uno, al mismo tiempo que esperar con paciencia y apoyar la búsqueda de sanación
- sabiendo lo que puedo y lo que no puedo esperar de la otra u otras personas, dadas sus compulsiones

Como vemos, la **reafirmación** supone

TOMAR LA DECISIÓN DE AMAR

Sin esta decisión de amar, nos quedaremos en actitudes de víctima (“*todo me va en contra*”) de resignación amarga (“*¡Qué se le va a hacer! ; es lo que me tocó en la vida!*”) o de tolerancia, como cuando decimos: “*Ya se me va a pasar*”.

Sin la decisión de amar no podremos salir de la desilusión en forma positiva y enriquecedora para la relación.

Vivo esta etapa de **reafirmación** cuando puedo superar la **desilusión** y, aunque cueste, opto por la persona, más allá de las fallas que tiene; la acepto como es; y después veo el bien que esta decisión nos hace a los dos y a todos.

Tanto en la pareja, como en la familia, y en los amigos, esta etapa de **reafirmación** se da cuando llego a aceptar a cada uno con sus “fallas” desde una mirada profunda hacia mí, reconociendo también mis propios errores. Hay que tener un

corazón más abierto y más libre, para aceptar que no somos la medida de los demás, ni de los cercanos ni de los lejanos.

Vivo esta etapa de **reafirmación** cuando doy el salto grande y comienzo a ver toda la maravilla que tienen estas personas que están a mí alrededor. Se necesitan ojos nuevos para poder descubrir las maravillas que Dios ha puesto en el otro, en los que viven conmigo.

Esta etapa de la **reafirmación** me lleva a disfrutar en la contemplación de ver a Dios pasando por sus vidas.

Esto no es una tarea sencilla, se necesita tiempo y reflexión para tomar la decisión de amar.

“No hay verdadero amor mientras el que ama no pasa por la cruz”.

Es allí donde el Amor se purifica del egoísmo y de los deseos de posesión, y brota una vida nueva, cercana, resucitada..

“Los amores humanos merecen llamarse amor siempre que se parezcan a ese Amor, que es Dios”.

Es fácil enamorarse, quedarse deslumbrado ante alguien, pero muy difícil mantenerse enamorado, sobre todo con los antivalores afectivos vigentes en la actualidad. El verdadero amor, es cuando descubro al otro tal cual es, y me doy cuenta de que lo amo “tal cual es”, así, con sus luces y sus sombras, con sus defectos y cualidades. Y redescubro lo bueno de los que amo, dejando de “creer que el pasto de la vecina siempre es más verde que el mío”.

Para ello es muy importante:

-Estar decidido a perdonar y a dejarse amar.

-Volver al amor primero: traer a la memoria todos los momentos buenos vividos con esa persona y valorarlos; ver todo lo importante que fueron para los dos, para la familia, los

amigos. Es lo que llamamos: sacar el “capital de amor” que han ido acumulando a lo largo del tiempo, tanto la pareja, como la familia y los amigos.

Esposa: “Esta etapa de **reafirmación** fue muy importante para mí. Después de una crisis matrimonial, donde ya no soportaba más los defectos de mi esposo, y a la vez yo los agrandaba, fue cuando decidí aceptarlo, pero desde una resignación, y una mirada de superioridad. Yo aceptaba, desde un sacrificio, seguir conviviendo con éste hombre, sólo porque me obligaban un sacramento y los hijos. La sorpresa fue cuando me descubro en una mirada sincera frente al espejo y puedo ver con claridad lo que me está pasando: en verdad todos, pero todos los defectos que yo ya no soportaba y le veía a mi esposo eran míos; tocaban mis heridas, y sólo le estaba cobrando facturas de mis heridas de la niñez, y de todas aquellas personas que de una o de otra manera me hicieron daño en la infancia. También descubrí la gran cantidad de defectos que yo tengo: la competitividad, que siempre me marcó tanto en mi pareja, lo mandona y exigente (¡y hasta molesta!) que soy con los demás. Y me di cuenta que todo esto él tuvo y tiene que soportarlo día a día. Fue muy duro descubrirme y peor aún aceptarme. Pero desde allí aprendí a valorar todo lo maravilloso que tiene el hombre que Dios eligió para mí; ni qué hablar de los chicos. Recién ahora puedo decir que tengo una familia maravillosa y que ningún tesoro del mundo se puede comparar con la riqueza que tengo yo”.

Esposo: “En mí la **reafirmación** en el amor se fue dando en diferentes etapas. Ahora veo que desde la infancia busqué ser fiel al modelo de persona que me marcaba mi familia, y la desilusión conmigo mismo era grande ya entonces al no poder rendir en los estudios como mis otros hermanos. Al formar mi propia familia con mi esposa también me desilusionaba por no

*llegar al nivel económico de mis otros hermanos. Hoy comprendo que la **reafirmación** comienza por quererme a mí mismo como soy, y no por responder al proyecto cultural marcado por mi familia. Hoy también voy comprendiendo que la **reafirmación** pasa por la fe: ser fiel al proyecto de familia que Dios tiene para mí, y no a lo que esperan los demás marcados fuertemente por el consumismo de nuestra sociedad actual.*

*Hija adolescente: “Vivo esta etapa de **reafirmación** cuando me doy cuenta y comprendo que esos límites, que en su momento no me gustan, son para mi bien. También me reafirmo en el amor cuando los acepto a mis padres, a pesar de que me parece que en ciertos aspectos son “muy a la antigua” y no me dejan hacer ciertas cosas.”*

Estas tres etapas: Enamoramiento, Desilusión y Reafirmación, se pueden dar en un sólo día; y hasta varias veces por día.

Como cuando me levanto contento en la mañana, con ganas de encarar el nuevo día, y me desilusiono cuando veo que mi esposo me dejó escrito todos los trámites que debo hacer esa mañana y no me puso un “te quiero”; o mi esposa no quiere ese día compartir el desayuno conmigo por seguir durmiendo; o voy a ponerme una ropa, y me doy cuenta que ya se la puso mi hermano, que salió más temprano; o veo el desorden que dejaron los chicos en la cocina; o nadie se acordó de sacar la basura; ¡Qué rabia!

Después lo pienso un poco mejor, y veo que tal vez no pudieron o no se dieron cuenta de lo que estas cosas me afectan. Y hasta se lo ofrezco a Dios; perdono, si es necesario, y lo converso con la persona o las personas que me desilusionaron, quedando todo bien, y hasta mejor que antes.

LOS CUATRO DONES DEL AMOR

Cuando el amor es verdadero (y no pasajero)

cuando el amor es de Dios realmente,

trae consigo 4 extraordinarios dones:

ELEVACIÓN

IRRADIACIÓN

PATERNIDAD

SANACIÓN

ELEVACIÓN

En el verdadero amor de pareja una de las características que primero se descubre, ya desde el noviazgo, y se reconoce a lo largo de la relación, es la gracia de la **elevación**.

La **elevación** consiste en que cada uno en la pareja crece, se eleva, con las cosas buenas del otro; y así crecen los dos como personas individuales y como pareja.

Y lo mismo ocurre en la otras relaciones: los hermanos, los hijos, y los amigos crecemos, ya desde chicos, con las cualidades que observamos y admiramos en los hermanos mayores, en los padres y en los amigos.

Las personas ¡somos diferentes en tantas cosas! Pero, cuando hay amor verdadero, esas diferencias benefician de un modo particular a la pareja, y benefician también toda relación de amor.

En el amor, cuando es verdadero, y especialmente en la pareja, se contagian naturalmente uno al otro las cualidades, no los defectos. Por tanto, experimentar un amor verdadero no consiste necesariamente en tener los mismos gustos, las mismas inclinaciones, incluso la misma cultura.

Cuando uno es sincero consigo mismo y está sereno, va descubriendo cómo la relación con esa persona que ama le hace mejorar en muchas cosas, en muchos aspectos de su personalidad, tanto en el carácter como en el trabajo, o en el estudio y en la relación con los demás. Y hasta pareciera que le lleva en forma espontánea a exigirse a sí mismo cambios importantes.

Pero a esta gracia de la **elevación** no siempre la dejamos actuar en nosotros. Y así, muchas veces lo que más me llamó la atención de mi esposo, de mi esposa cuando recién nos conocimos, es lo que con el tiempo más me desagrada o enoja: si es ordenado, me molesta su exageración en el orden; si es servicial, me molesta que lo sea tanto con los de fuera y no tenga tiempo para sí mismo; si es trabajador me molesta que se traiga el trabajo también a la casa, o que su trabajo sea el único tema de conversación; si es romántico, me molesta que nada le caiga bien, que diga siempre que nadie lo comprende; si es muy reflexivo, me molesta que sea tan cerrado; si piensa mucho antes de actuar, me molesta que sea tan indeciso; si es muy creativo, me molesta que no aterrice sus múltiples proyectos; si es fuerte, me molesta que sea tan mandón; si es tranquilo, me molesta que sea tan dejado. (En el curso de Compulsiones se puede ampliar todo esto)

Muchas veces no dejamos que actúe en nosotros esta gracia de la **elevación** por que nos dejamos invadir por las SUPERIORIDADES.

Lo opuesto a la gracia de la **elevación** son las **superioridades**. Esto se da cuando cada uno en la pareja, en la familia, en la amistad y en la relación del sacerdote con sus feligreses utiliza sus cualidades no para ayudar a crecer al otro, sino para humillarlo, tenerlo dominado, por espíritu de competencia, o porque piensa que la otra parte no le puede aportar nada.

“Como yo en esto sé más que vos, o lo hago mejor, vos no te metas; no se te ocurra hacerme sombra, y ni siquiera darme una idea al respecto”

Otras veces no dejamos actuar esta gracia de la **elevación** porque se usa la ironía para ridiculizar al otro: ¡Cuántas

“cargadas” y bromas pesadas hacia el cónyuge, un hijo o un amigo en todo tipo de reunión!

*Esposa: A nosotros, como matrimonio, nos costó, y por momentos todavía nos cuesta mucho, dejar actuar a esta gracia de la **elevación**, ya que mi esposo y yo hemos trabajado juntos durante 20 años, y nuestras cualidades, nuestras diferencias las usábamos más para destruirnos que para complementarnos. La competitividad era nuestro pan de cada día.*

Gracias a las herramientas de Hogares Sanos y Apacibles pude reconocer que mi esposo es mi complemento. Esto me ayudó a crecer muchísimo: me enseñó a escuchar, a tener paciencia, a respetar los tiempos y los límites de los demás, a dejar de pensar que mi forma de ser es la correcta, y que todos deberían pensar y actuar como yo. También me sacó muchos límites y tabúes que tenía en lo sexual.

*Esposo: La gracia de la **elevación** a mí me ayudó y me ayuda a enfrentar mis miedos...*

La competitividad es algo que todavía nos está afectando.

Estamos en proceso, inclusive en éste momento que estamos escribiendo.

Creo que el error más grande que cometimos en nuestro matrimonio fue la competitividad, buscando cambiar al otro; y no darnos cuenta que las diferencias es uno de los tesoros más grandes que tenemos. Yo, que en mi personalidad siempre dominó la vergüenza y el miedo a enfrentar situaciones, hoy aprendí que gracias a la gran diferencia que teníamos en este sentido, encontré la respuesta justamente ahí, en la diferencia que tengo con mi esposa. Ella, que es capaz de hacerle frente a todo sin cuestionarse nada me enseñó a vencer los límites que yo tenía, y así jugármela en situaciones difíciles que antes de ninguna manera podría haber enfrentado.

Creo que Dios sabe perfectamente lo que hace en un matrimonio. Sólo nos queda a nosotros descubrir la verdad y el camino a seguir.

Decíamos al inicio de esta reflexión, que esta característica del amor verdadero, que es la **elevación**, es la primera que ya comienza a darse en forma clara en el noviazgo. Más aún, si en el noviazgo no se da este crecimiento mutuo por lo bueno del otro, “*si yo no crezco gracias al otro, ni el otro crece gracias a mí*” es una clara señal de que no hay un verdadero amor, por más entusiasta, romántica o sacrificada que sea la relación.

En el noviazgo no es necesariamente señal de un amor verdadero el que uno esté pensando constantemente en el otro o deseando estar juntos siempre. Eso podría ser una actitud propia de la etapa del **enamoramiento**, o tal vez una actitud muy posesiva, con el riesgo de confundirla con el amor.

Tampoco es señal de un verdadero amor en el noviazgo el que uno en la pareja renuncie a muchas cosas (como estudios, amigos buenos, familia) y se sacrifique por el otro. Si ese sacrificio y esas renunciaciones no le hacen crecer tanto a uno mismo como a la otra parte, no es amor. Si lo que se logra con ese sacrificio es que la otra persona se vuelva más cómoda y egoísta, aferrada a sus criterios o a sus celos enfermizos, no es amor.

Dejar actuar la gracia de la **elevación** también entre hermanos y entre amigos es ser permeable, permitir que lo bueno del otro me enriquezca, sin temor a ser menos, a perder personalidad, a ser influenciado.

Dejando de lado todo espíritu competitivo, la gracia de la **elevación** me permite disfrutar de un importante crecimiento personal al constatar también cómo mis cualidades y dones enriquecen a los demás. Es que Dios me ha puesto como instrumento suyo para el crecimiento de los que viven conmigo.

Joven (20 años): *“Yo con mis hermanos he crecido en enfrentarme a la vida, a las personas; en buscar más amigos y en salir al mundo, a bailar y a juntarme con amigos.”*

Niño (11 años): *Mi mamá me ayudó a crecer y a cumplir en las cosas de la vida, a no ser tan agresivo. El papi me ayudó a cuidar las cosas; Leonardo a ser más tranquilo, y también a que disfrutamos de la música el Reggeton. Sofía me ayudó a no tener miedo, a ponerme las pilas, a vestirme a la moda. Y también compartimos la misma música con ella. Mis amigos me ayudan a divertirme bien y no a pelear como lo hacía antes.*

Adolescente (16 años): *“En mi familia es donde yo más he aprendido: ella me ayudó a convivir con la gente, a enfrentarme con las cosas, a formar mi propia cabeza, a responsabilizarme de las cosas, a hacerme cargo de mis opciones, a mantener un orden en mi vida, a valorizarme como persona, a saber escuchar y saber compartir; a vivir los valores, a valorizar los esfuerzos que hacen, también a defenderme.*

Mis amigos y mis amigos me ayudan a divertirme, a compartir, a darme cuenta cuando cometo un error. Los de confirmación me están ayudando a crecer en la fe.

Sacerdote: *“En mi vida sacerdotal, religiosa y misionera ¡he recibido tanto de la gente, de tanta gente, ya sea de las personas en forma individual, como de los matrimonios y familias, pero también de las comunidades!*

Señalando sólo algunas cosas más significativas para mi crecimiento, desde mi punto de vista, puedo decir que los seis años en Malargüe (Mza.) han sido la experiencia más misionera de mi vida; y los casi seis años en Cuba fueron la más creativa.

Además con los matrimonios y sacerdotes de Encuentro Matrimonial aprendí a conocerme mejor, a relacionarme con mayor profundidad y a vivir una espiritualidad muy concreta y enriquecedora.

Con los grupos de la Renovación Carismática crecí en perdón, en oración y en la escucha a las personas.

Ahora en Mendoza veo cómo me ayudan a crecer en el amor fraterno y en la organización de nuevas formas de misión”

Por la **elevación** el amor nos despierta en las zonas que estamos dormidos; nos vuelve más humanos en un sentido más pleno.

Por la **elevación** somos cómplices y testigos de los crecimientos míos y tuyos. Hacemos historia juntos. Y además, Dios mismo está en nuestra historia.

PREGUNTAS:

1- ¿En qué crecí yo como persona gracias a mi pareja, tanto en el cuidado de mí mismo (mi físico, mi trabajo, mis estudios, mis inquietudes espirituales) como en mi relación familiar y con los buenos amigos?

(Esta misma pregunta puede hacerse con respecto a los hermanos, amigos y comunidad parroquial)

2- ¿ En qué creció el otro como persona gracias a mí?

(Y se sigue el mismo esquema de la pregunta anterior)

3- Las diferencias con los que me rodean (cónyuge, hijos, padres, hermanos, amigos) ¿dejo que me enriquezcan o vivo compitiendo?

IRRADIACIÓN

Otro don que trae consigo el amor verdadero es el don o la gracia de la **irradiación**. Y consiste simplemente, como la misma palabra lo dice, en irradiar el amor de pareja, llegando a afectar positivamente a los demás.

Evidentemente los primeros y más directamente afectados son los hijos. Ellos tienen una sensibilidad especial para ver cuándo la relación de sus padres está en buen momento y cuándo están distanciados el uno del otro. Y, si los hijos son chicos, lo manifiestan rápidamente en su conducta en la escuela, en su concentración para el estudio, en la casa: volviéndose agresivos o evasivos, ausentes.

Pero no sólo los hijos, también sus amigos notan cuando hay un matrimonio que irradia amor: ahí se juntan todos, aunque no haya muchos juguetes. Es que se respira un algo distinto en esa casa.

También a los grandes les encanta ver a sus padres “como novios” aunque ya sean entrados en años. Como aquella chica que estaba en la cocina de su casa, junto con sus padres y su hermano, tratando entre los cuatro de ordenar y enviar las invitaciones para su casamiento. De pronto se quedó como extasiada y les compartió:

“Yo me daría por muy satisfecha si mi futuro matrimonio fuera la mitad que el de ustedes”. Esos padres, sin duda, han irradiado a su hija el amor de pareja de tal manera que ella se contentaría con la mitad del amor que ellos se tienen. ¡A cuántos padres les encantaría escuchar algo así de sus hijos cuando se están por casar!

Pero no sólo la familia recibe la **irradiación** del amor de una pareja. Con frecuencia también los amigos, los compañeros de trabajo y personas cercanas se benefician y comentan el ejemplo de pareja que ven en otros. Como aquella estudiante de primer año de facultad que, al terminar el curso, le comenta a un compañero de aula, 20 años mayor que ella:

“¡Qué bien te debes llevar con tu mujer!”.

Él se quedó asombrado y se preguntaba:

“¿Cómo me puede decir esto, si a mi esposa no la conoce, ya que nunca nos ha visto juntos?”

Debe ser que esa joven le oyó alguna vez comentarios o expresiones en las que hizo alusión a su esposa, aunque él no se diera cuenta. Por eso decimos que la irradiación del amor de pareja también se da, aunque uno no esté junto a su cónyuge en ese momento.

También es necesario recordar que no hay que idealizar a ninguna pareja, porque se nos pueden derrumbar los ídolos en cualquier momento. Tal vez tengamos varios ejemplos cercanos de matrimonios que nos parecían modelo y se nos vinieron abajo. Pero eso no quita que una pareja se beneficie de lo bueno que ve o ha visto en otra, aunque no sea perfecta.

En el noviazgo esta gracia de la **irradiación** actúa cuando se los ve enamorados, porque hay comunicación cada vez más profunda y respeto mutuo entre los novios. Cuando no sólo se comparten todo lo que sienten, sino que van creciendo en tomar sus decisiones juntos, de a dos. Esto no es fácil, dada la forma de encarar el noviazgo que propone la sociedad actual.

También hay familias que irradian el amor y la buena relación que hay entre todos ellos: no sólo entre los esposos, sino también entre los padres y los hijos, y entre los hermanos.

¡Cuánto se benefician entre ellos los miembros de una familia unida, y cuánto bien son para la sociedad los hogares sanos y apacibles!

Joven (20 años): “En **irradiación** pongo como ejemplo a mis viejos, que al principio la **irradiación** de amor entre ellos era muy baja: se peleaban constantemente, por el trabajo, el dinero, etc....

*Pero gracias a Ho.S.A. la **irradiación** de amor entre ellos es mejor.”*

Hija (16 años): “A mis padres los veo mejor que antes. Y opino lo mismo que mi hermano.

Creo que como familia estamos irradiando bien, porque el comentario de mis amigas es que no entienden cómo yo puedo ir a mis padres y contarles cosas que ellas no podrían ni se animarían a hablarlas en su casa.”

Niño (11 años): “Mis padres se reconcilian y se pelean; pero yo estoy más contento y disfruto más estar en casa cuando están reconciliados

Hay amigos que irradian una amistad, que dura toda la vida, y los hay que se quedan en una relación muy superficial, o interesada, sin una verdadera pertenencia.

Sacerdote: “Recuerdo con mucho agrado, desde chico, cómo mi madre siempre mantuvo y cultivó sus amistades de la juventud, cómo se buscaban para pasear por el pueblo y cómo mantenían sus reuniones de los domingos por la tarde hasta que fueron partiendo de este mundo. Para mí las amigas de mi madre siempre fueron personas muy cercanas, como una prolongación de la familia”.

¡Qué bonita la imagen de una comunidad de fieles que se relacionan bien con su sacerdote, y dónde éste es vínculo de unión entre todos los sectores y grupos de la comunidad!

En contra de este don de la **irradiación**, está el ponerse la **careta** de pareja unida; tratar de aparentar cariño. Podríamos decir que todavía hoy hay parejas que fingen hacia fuera una unión que en realidad no tienen, o no están viviendo en ese momento; como aparecer muy juntos en una reunión de matrimonios, aunque se hayan estado peleando por el camino. Esto sería una falsa **irradiación**.

Pero esta misma actitud de fingir una armonía de pareja que no existe, es una señal de lo importante que es, en el fondo de toda persona, vivir e irradiar el amor de pareja frente a esta sociedad.

Esposa: Esto de la irradiación, en un principio nos jugó una muy mala pasada: Hacía muy poco que conocíamos al Padre Pablo, y estábamos preparando ésta charla, en mi casa, cuando él con mucha decisión los sentó a nuestros tres hijos en el sillón, y les hizo dos preguntas: 1ª: Si ellos nos veían enamorados, y 2ª: Si a ellos les gustase llegar a tener un matrimonio así como el nuestro.

Yo me sentía muy segura de sus respuestas, sabía que estábamos haciendo las cosas muy bien y que ellos ni se daban cuenta de nuestros conflictos de pareja.

Mi cara empezó a desfigurarse, cuando el más chico (11 años) dijo que nos veían pelear mucho por la plata, y agregé que no sabía si quería tener un matrimonio así.

El mayor (20 años) contestó que él nos veía pelear mucho, y que ni pensaba tener una pareja así.

Mi hija (16 años) repitió exactamente lo mismo.

En mi interior crecían dos sentimientos, 1º enojo y rabia: ¿cómo podían contestar algo así? ¡Apenas conocían al Padre Pablo! ¡Esto nos lo tendrían que haberlo dicho antes a

nosotros solos! ¿Cómo les hace una pregunta así? ¡Sin darme tiempo a que yo los prepare para que digan lo que yo quiero! Y 2º una vergüenza muy grande, porque nosotros creíamos que ellos nos veían muy bien.

También la **rutina** va en contra de esta gracia de la **irradiación**

La **rutina** es un fantasma que constantemente nos rodea y nos amenaza con carcomer la vitalidad del amor. Sólo repetimos sin elegir; nos alineamos al sistema; vivimos sin sorprendernos, y todo da igual, de color gris. La **rutina** es un síntoma de que nuestro amor se estancó. Ya no irradia.

En muchos noviazgos también se da la **rutina**, y entonces la gracia de la **irradiación** se va opacando, más lenta o más rápidamente. Esto suele ocurrir cuando los novios comienzan a vivir la intimidad sexual como si ya estuvieran casados. Entonces algunos novios pueden estar irradiando más pasión posesiva que verdadero amor. Y la consecuencia más visible de todo esto es que se deteriora la comunicación entre ellos: cada día tienen menos temas de qué hablar, aparece el aburrimiento, y a muchos les queda la sensación de que siguen juntos por costumbre o por temor a terminar una relación que ya lleva años.

Evidentemente que este don de la **irradiación**, como los demás dones del amor verdadero, se puede deteriorar o se puede desarrollar en el caminar de cada día.

*Esposo: Creo que la **irradiación** es una gran fortaleza nuestra. Juntos peleamos; y, a pesar de todo, la seguimos luchando juntos.*

Nosotros siempre tuvimos la capacidad de irradiar muy bien hacia el exterior. Pero nos fuimos dando cuenta que internamente no era así: nuestra irradiación era muy pobre.

Nuestros hijos nos hicieron ver lo mal que estábamos.

*Al conocer todo esto sobre **irradiación** fuimos aprendiendo que, a pesar de todo lo que nos cuesta mantener sana esta relación de pareja, pudimos escuchar a nuestros hijos decir: “Están mucho mejor; los vemos que se aman, y vemos cómo luchan para superarse.”*

Creo que estamos en un importante proceso para tener un hogar sano y apacible”.

Para que crezca la **irradiación** en nosotros es importante esforzarse por:

-la transparencia en la comunicación diaria: sin nada que ocultarse de lo que hacen o de cómo están (excepto algunos pecados graves que serían para la confesión)

-poner gestos de cercanía, afecto y servicio, que sabemos le agradan a la otra parte de la pareja (desde regalar una flor, o lavar los platos, hasta hacer un cariño, o acompañar con gusto en una enfermedad por larga que sea)

-dar tiempo para estar juntos, buscando más la calidad que la cantidad de tiempo

-poder tomar todas las decisiones juntos, tanto en la educación de los hijos y en la economía familiar, como en la vivencia de la fe y de la sexualidad.

-mostrarse juntos, en pareja, sin temor ni al machismo ni al feminismo de nuestra sociedad.

(Todo esto lo desarrollamos más en “Los 5 Lenguajes del Amor”)

¡Cómo necesita nuestra sociedad de esta irradiación del amor! **Sin presumir, pero sin ocultarlo.**

Y ¡cómo debemos apoyarnos unos a otros, los que creemos en el amor de pareja, para que este amor se siga irradiando, a pesar de todos los ataques que constantemente recibe por tantos lados!

El mundo necesita la luz de las familias.

En las familias aturdidas por el mundo nuestra **irradiación** es un mensaje de salvación. Es un mensaje de confianza y

esperanza. Es un mensaje de alegría. Es un mensaje transformador. Un mensaje capaz de tocar lo más profundo de cada ser humano.

Cada familia está llamada a crear un nuevo modelo de familia.

Muchas veces inconscientemente intentamos repetir el modelo de familia que vivimos en nuestra infancia, lo que considerábamos como un valor indiscutible: Quién maneja la plata; quién hace las compras; quién se encarga de los trámites; cómo sentarse en la mesa; quién comienza los rezos; quién mantiene la relación con el resto de la familia. Así corremos el riesgo de no irradiar con nuestro propio modelo de familia.

Sería el momento de preguntarnos cómo estamos irradiando el amor de esposos, de familia, de amigos y como comunidad cristiana.

PATERNIDAD

El don más maravilloso del amor de pareja es el de poder ser dadores de vida: **maternidad y paternidad**.

Cuando una madre o un padre se quedan observando a su hijo pueden surgirle muy fuertes sentimientos, junto con pensamientos de cómo el hecho de haber transmitido la vida a otro ser, a un hijo, es algo más grande que ellos mismos; los sobrepasa.

También es sumamente maravilloso cuando se mira la **paternidad y maternidad** desde la creencia en Dios.

El mismo Dios, que todo lo puede hacer, ha querido necesitar de ese padre y de esa madre para comunicar esa vida. Y sin ellos, nunca se hubiera dado, nunca existiría esa persona, ese hijo o esa hija. Es que Dios mismo ha querido compartir con ellos su poder de dar vida, de comunicar la vida a otro ser humano.

San Pablo nos dice (Ef.3, 15) que toda paternidad y toda maternidad proceden de Dios, que es Padre y Madre. ¡Qué maravilla! ; ¡y qué responsabilidad también!

Pero no sólo se es padre o madre cuando nace un hijo, sino desde el momento en que se engendra. Y ¡qué importante para la vida de un hijo es haber sido engendrado con amor! Desde ese momento comienza no sólo su formación física, sino también su formación síquica y espiritual con todo lo que se trae por herencia a través de los padres.

Y el don de la paternidad es para toda la vida. Se es padre o madre durante toda la vida; pero esa **paternidad**, naturalmente, se vive de distinta manera, según la edad y la situación de cada uno de los hijos.

Dios no sólo quiere que le llamemos “Padre”, ya que es Padre y Madre en toda su plenitud, sino que Él mismo quiere ser el modelo de cómo ser un buen padre y una buena madre.

Muchos padres y madres, cuando quieren educar, y ayudar a formar bien a un hijo, con frecuencia piensan en cómo hicieron sus padres con ellos; ya sea para imitarlos o para no cometer los mismos errores que con ellos cometieron sus padres.

Aunque muchas veces, ciertamente, Dios nos trasmite sus lecciones a través de lo que aprendimos de nuestros propios padres, debemos reconocer que el verdadero modelo de **paternidad** y **maternidad** es el mismo Dios.

Vivir la **paternidad** es ser padres con el ejemplo de vida más que con las palabras: esforzarse primero por vivir los valores que después se quieren transmitir a los hijos.

No pretendemos dar un curso, ni siquiera una charla sobre cómo educar hoy a los hijos, cosa nada fácil en estos tiempos, sino simplemente recordarles este don de Dios en una pareja que se ama de verdad.

Y recordarles que es un don de la pareja, de los dos juntos, tanto para comunicar la vida como para acompañarla en su crecimiento.

Sabemos que este acompañamiento de los hijos en su crecimiento no es nada fácil, aun estando la pareja bien unida; y también sabemos que, con frecuencia, esas dificultades se agrandan todavía más cuando los padres están separados.

Pero la gracia del amor paternal y maternal es mayor que todas las dificultades que pudieran surgir por las separaciones. Recordemos, si no, la “Parábola del hijo derrochador” (Lc.15, 11-32) donde el padre sale a recibir con todo afecto al hijo que regresa después de haberse alejado de la casa paterna y malgastado la parte de la herencia que le dio el padre.

Esposa: Yo viví la maternidad, al principio con mucho miedo y también, con alegría.

Ser padres ha sido par nosotros la tarea más difícil, la que más nos cuesta, y para la que nos sentimos en muchas veces incapacitados. Pero a la vez es la tarea más maravillosa y la que más disfrutamos. Es más, no concibo nuestras vidas sin nuestros tres hijos. Es lo más maravilloso que nos ha pasado y nos pasa, sobre todo cuando los vemos como ¡un gran regalo de Dios!.

En mi caso personal comencé a ser madre con grandes exigencias hacia ellos. Por momentos soñaba que se iban a destacar en todo. Para mí era seguro que, si mis hijos iban a

tener todo lo que yo no tuve, ellos debían ser muy brillantes. Pero Dios, como un gran alfarero, me fue modelando desde el dolor.

De mi hijo mayor, ya desde la guardería me decían que tenía problemas, que no se integraba. Con mucho esfuerzo pudo hacer primero y segundo grado, desde ya con psicóloga de por medio. Ahí comenzó a aparecer todo mi sentimiento de culpa, por las opiniones negativas de afuera sobre mi hijo. Por ese entonces contrajo papera, enfermedad común a su edad; y como su pediatra de cabecera estaba de vacaciones, decidimos consultar a una pediatra que estaba a la vuelta de casa, en unos consultorios nuevos. Ella fue la que descubrió que nuestro hijo mayor tenía un grave problema del corazón... De pronto me encontré en el hospital Garrahan de Bs.As. por el año 94.

“Allí es donde las madres ya no lloran, sus rostros, son grandes ojeras, y miradas profundas preguntando... ¿Por qué?”

Cuando despierto de toda esa “bendita pesadilla”, es cuando descubro que a mi hijo le va a costar más llegar a ser tan brillante como yo “debía” hacerlo. No aprendía la lección.

Comenzó mi gran carera con los médicos, psicólogos, psicopedagogas, neurólogos, maestras particulares. Y comenzaron mis exigencias, hasta sobrehumanas, hacia él. No pudo completar todos sus estudios, y generé una autoestima tan baja en él, que hasta el día de hoy nos cuesta mucho sacarlo adelante.

Cuando aprendí que los hijos no son un producto a fabricar; que no me corresponde a mí “imponerles” o “fabricarles” una vida, entonces me di cuenta que lo más importante es acompañarlos, orientarlos, alentarlos, no para que lleguen a ser “exitosos” sino simplemente para que sean ellos mismos, “para que sean felices”.

Cuando descubrimos este camino de Hogares Sanos y Apacibles vivimos nuestra paternidad y maternidad con más libertad, por que aprendimos, a conocer mejor a cada uno de nuestros hijos; a saber sus límites; a reconocer y a admirar sus capacidades; a compartir con ellos lo bueno y lo malo. Nos pudimos abrir a un diálogo muy sencillo, pero a la vez muy profundo. Hablamos de las cosas importantes y también jugamos, hablando tonteras y haciendo payasadas.

Esposo: Sicológicamente yo no me preparé para ser padre. En el comienzo de mi matrimonio yo me preocupaba más por mis problemas personales, mis miedos y las inseguridades propias de mi personalidad, que por la responsabilidad de ser padre. Al año justo de casados vino mi primer hijo. Todos en mi familia me toman el pelo porque ese día yo estaba tan nervioso en el hospital que, cuando salió el doctor que le hizo la cesárea a mi esposa y preguntó: “¿Dónde está el padre?”, yo salí corriendo a buscar a mi propio padre.

Desde que comencé con estos cursos de Hogares Sanos y Apacibles, y gracias a la presión positiva que mi esposa ha ejercido sobre mí, y a los reclamos de mis hijos he ido tomando más conciencia de la grandeza de mi paternidad. Puedo decir que ellos me enseñaron y me enseñan cada día a ser padre.

Para ser dadores de vida es muy importante que los padres estén muy seguros. Que el mensaje que sale de ellos sea claro y firme.

Pueden algunos padres dar a sus hijos horas enteras de charlas, muy bien preparadas, o llenas de ejemplos, y hasta con PowerPoint, pero de lo que ellos realmente aprenden es de lo que ven, del “testimonio”

Cuando los hijos son todavía niños o adolescentes ¿Cómo nos los imaginamos dentro de 20 o 30 años?

Seguramente vamos a decir: como un profesional, como un buen trabajador, como una persona muy respetable.

Pero nunca nos imaginamos que nuestros hijos puedan equivocarse con alguna adicción o terminar en la cárcel.

También en esas circunstancias tan difíciles se puede vivir el don de la **paternidad** y la **maternidad**.

El Concilio Vaticano II no sólo orienta sobre la **paternidad** responsable sino que también felicita a las familias numerosas.

Lo contrario a la gracia de la **paternidad** son no sólo el aborto, sino también el egoísmo materialista y el rechazo a la vida.

Hoy con demasiada facilidad se fomenta una actividad sexual irresponsable tanto en adolescentes y jóvenes como en adultos. Pero se le tiene miedo a una nueva vida.

Un posible hijo se lo ve en muchos casos como un enemigo del progreso económico, personal o social, y hasta se lo elimina con total impunidad.

“La riqueza del pobre son los hijos” decía una señora de Santa Fe, cuando una maestra le cuestionaba su octavo embarazo.

En cambio hoy hay países ricos donde apenas se ven niños, ni juegos infantiles en los parques y plazas; pero sí se ven muchas personas paseando perros en esos lugares.

Para los **hijos** vivir esta gracia de la **paternidad** consistiría principalmente en “dejar a los padres ser padres”. No hacérselo demasiado difícil; sino colaborar en la familia con afecto, buena comunicación y servicialidad, en primer lugar; pero aceptando el rol que les corresponde a los padres, sobre todo en la toma de decisiones.

Descubrimos en no pocas familias que les tienen miedo a los hijos, que callan y aceptan todo, sólo porque tienen miedo de decirles lo que piensan o lo que quisieran decidir, porque no se consideran tan preparados intelectualmente como los hijos, perdiendo su rol de padres, llegando a veces a tener conductas adolescentes.

Antes a nuestros padres no podíamos decirles prácticamente nada. Había que aceptarlos y obedecerles, por más equivocados que los viéramos. Hoy los hijos cuestionan todo, y en muchos casos no se les puede decir nada. Entonces muchos padres parecen estar en el papel del silencio, primero con sus padres y ahora con sus hijos.

Algunos dicen que los padres comienzan a formarse para esta responsabilidad de dar vida ya desde que son **novios**.

Por eso es válida esta pregunta en el **noviazgo**: “¿Me gustaría este muchacho para padre de mis hijos?” o “¿Me gustaría esta chica para madre de mis hijos?”

Hay muchos jóvenes que reconocen haber tenido pensamientos similares ya antes de ponerse de novios, cuando comienzan a experimentar una particular atracción por la otra persona.

Pero si todavía no se quiere pensar en preguntas como ésta, es señal de que o no hay verdadero amor o no hay un mínimo de madurez para hablar de un **noviazgo**, ya que estaría ausente en la pareja este don tan maravilloso de ser dadores de vida, que es, además, uno de los fines del matrimonio.

Es muy fuerte y negativo en el **noviazgo**, cuando se tienen relaciones íntimas, **temer a un hijo**, verlo cómo alguien que les puede quitar la felicidad, en vez de pensar en la maravilla de poder comunicar la vida, como colaboradores del Creador.

Temer a un hijo en el **noviazgo** sería deformar un don tan extraordinario como este de la **maternidad-paternidad**, y no sería la mejor manera de prepararse para ser padres un día.

También en la **amistad** se vive esta gracia de la **paternidad** y la **maternidad** cuando se es dador de vida para el amigo, ya sea con un momento de escucha, con un consejo o con una corrección fraterna cuando es necesaria.

Y no se deja actuar esta gracia de la **paternidad**, no se es dador de vida, cuando se mantienen amistades superficiales, como pasa a veces en clubes o movimientos eclesiales.

Tampoco se es dador de vida en las **amistades** por interés, como sucede con frecuencia en los ambientes laborales; o cuando se crea una dependencia de uno u otro lado, como ocurre muchas veces entre los adolescentes, pretendiendo relaciones exclusivas o excluyentes, lo cual hablaría más de una relación de pareja, con manifestaciones de homosexualismo o de lesbianismo, que de una amistad dadora de vida.

Con mucha frecuencia a los **sacerdotes** los feligreses les dicen “padre”, a pesar de Jesús dijera que “a nadie digan padre sobre la tierra” (Mt.23,9).

Pero lo bueno sería crecer en ser dadores de vida mutuamente, tanto de parte de los sacerdotes hacia los feligreses como de los fieles hacia sus pastores.

Sacerdote: Me desborda la emoción y me quedo sin palabras cuando experimento cómo Dios me usa, como instrumento suyo, para comunicar la vida a tantas personas a través del perdón, de una homilía, de un curso, de una charla personal esclarecedora o de mi afecto.

*Pero cuánto me pierdo de vivir esta hermosa forma de **paternidad** al quedarme muchas veces en lo burocrático de la parroquia, al ponerme más en exigente con las personas que*

en comprender el momento por el que pueden estar pasando; al pensar que me las sé todas, y no escuchar con atención a la gente.

Los laicos frecuentemente desconocen hasta qué punto pueden ser dadores de vida para sus sacerdotes: con la aceptación de la persona del sacerdote como es (y no como les gustaría que fueran) con el afecto sincero, pero sin pretender acapararlo, y con la colaboración pastoral.

PREGUNTAS:

1) ¿Cómo nos afecta el materialismo de hoy en esta misión de ser dadores de vida?

2) En nuestra familia ¿cuáles son mis mejores recuerdos en cuanto a recibir vida o a ser dador de vida?

SANACIÓN

Otro don extraordinario que acompaña a los que tienen un verdadero amor es la gracia de la **sanación**; que consiste precisamente en que, por el amor, se pueden sanar las heridas que se hacen el uno al otro en la convivencia diaria.

¡Cuántas veces nos herimos unos a otros los que convivimos bajo el mismo techo! Y esas heridas duelen mucho más cuando vienen de personas a las que queremos y con las que debemos seguir conviviendo. Si vinieran de otras personas: parientes, compañeros de trabajo, amigos..., tal vez las soportaríamos

para no caer en mayores problemas; pero cuando vienen de la pareja, el dolor es mucho mayor; y muchas veces cuesta más de lo que uno quisiera tanto comprenderlo como aceptarlo.

Por eso Dios ha puesto en el amor de la pareja este hermoso y necesario regalo de la **sanación**.

Pero para que se dé la **sanación**, es necesario que haya primero reconciliación, que se perdonen el uno al otro. Que estén dispuestos y decididos a pedirse y a darse el perdón. Y es preferible que se haga con palabras tan claras y sencillas como: “perdóname” y “te perdono”.

Un hombre con bastantes años de casado decía: “*¡Es tan feo pelearse en el matrimonio; pero es tan lindo reconciliarse!*”. Y es que, por el don de la **sanación**, el amor de pareja supera con creces los dolores causados por las heridas. Esto tiene una sencilla explicación: es que las heridas son producidas por la parte débil de la persona, y la **sanación** es otorgada por lo mejor de la persona, que es el amor. Podríamos decir con otras palabras: “las heridas vienen de las consecuencias del pecado en nosotros, mientras que la **sanación** viene del Espíritu de Dios, que también está en nosotros, dándonos fuerza para perdonar.

Si lo pusiéramos en números, podríamos decir que al herirse el uno al otro en la relación de pareja su amor pierde 20 puntos; pero al reconciliarse, no recuperan 20 puntos, sino que recuperan por lo menos 60. Es decir que con la **sanación** crecen en la relación; están más seguros de su amor mutuo.

Por eso, no es bueno tener demasiado temor a herir al otro con la excusa de mantener la paz en el hogar, porque eso sería “una paz barata”. Es preferible una buena pelea, con ánimo de reconciliarse, claro está, que guardarse las cosas. Es más sano para la pareja poder tocar todos los temas en diálogo, aunque no sea tan sereno como uno quisiera, que crecer en la

incomunicación por miedo a herir o a que el cónyuge se enoje o entristezca, porque así no se confía en el poder sanador del amor.

La gracia de la **sanación** actúa en la vida diaria cuando aceptamos al otro con sus errores, al mismo tiempo que reconocemos los nuestros, y pedimos perdón lo mismo que estamos dispuestos a darlo.

Esposa: Las heridas en nosotros es todo un tema, la convivencia no ha sido ni es algo fácil, pero en lo personal puedo reconocer que mi esposo a pesar de que constantemente nos estamos tocando nuestras heridas es mi salvación, reconozco que en la convivencia diaria es muy difícil ver o descubrir que en esas discusiones nos estamos sanando. Me sería muy fácil redactar aquí una lista inmensa diciendo todo lo que yo ayudé a sanar a mi cónyuge: (Creo que hoy me siento la Madre Teresa)

Pero este trabajo me obliga a verme para adentro y descubrir en qué cosas mi esposo me ha sanado. Como ya dije la convivencia no es fácil, y en las discusiones nos herimos tocando puntos muy fuertes. En principio tomé el papel de víctima, pensando que sólo a mí me pasaba; ¿cómo mi marido podía echarme en cara tantas cosas? decir que yo no servía, que todo lo hacía mal. Hasta que comenzamos a trabajar con estas herramientas. Ahí comencé a ver perfectamente el por qué me afectan tanto a mí esas palabras: Son parte de mi desvalorización como persona. Esto me viene desde muy chica. Ahora bien, como a mí para santa me falta mucho, mis palabras hacia él, no son de los más suaves, al contrario, yo soy de muy poco hablar en una discusión, y mucho menos de gritar, pero la palabra que digo, es un misil teledirigido, que va justo donde puede hacer más desastre.

El ver todo esto me lleva a descubrir que hay momentos donde ni yo sé lo que le estoy reclamando, aunque por afuera

se vea que es su demora en salir a trabajar, o por su negativismo. Veo que en el fondo simplemente le estoy cobrando boletas de mi niñez, en donde la inseguridad económica era importante y muy dolorosa para mí. Esto ahora puedo decir que ya lo tengo claro, y estoy trabajando para sanarme.

Esposo: Por mis miedos, dudas e inseguridades, propios de mi personalidad, me costó afrontar situaciones, como padre, esposo e hijo. Hoy veo claramente dónde cada uno de mi familia me ayuda a sanarme de todo esto, ya que Dios actúa a través de las necesidades que cada uno tiene en la diaria convivencia, despertando en mí una fuerza interior que me hace cruzar esa barrera de mis temores; y saber que me necesitan es una exigencia que provoca en mi interior un deseo de sanarme y también ayudarlos en su sanación.

No vamos a preguntar: ¿cuánto tiempo hace que no pelean en su pareja? sino mejor ¿cuánto tiempo hace que no se piden perdón el uno al otro? Porque no es posible que no haya ni siquiera un roce que nos moleste en la convivencia.

Tolerándonos el uno al otro mantenemos cierta paz en el hogar; esa paz que antes llamamos “paz barata.” Pero perdonándonos crecemos, y mucho, en el amor. Perdonando estamos más seguros de que nos queremos y de cuánto nos queremos.

En el **noviazgo**, cuando hay un verdadero amor, estas palabras de “perdóname” y “te perdono” fácilmente surgen (casi como una necesidad) cuando alguno de los dos quedó molesto o triste con lo que dijo o hizo el otro.

Si unos **novios** nunca pueden pedirse o darse el perdón con palabras o con gestos claros de reconciliación, es señal de que el amor verdadero no está en ellos.

Si uno de los **novios** tiene tanto miedo en herir al otro que evita plantear temas importantes para su pareja (como tu familia, mi familia, los amigos de cada uno, el trabajo, el uso del dinero, las creencias de cada uno, la sexualidad en el presente y en el futuro) es que no confía en el poder sanador de su amor. Y, si el amor no sana, no es verdadero amor.

Es muy importante haber experimentado varias veces antes del matrimonio la acción y los grandes beneficios de esta gracia de la **sanación**. Se evitarían muchas sorpresas y sería más fácil tomar una y otra vez la decisión de amar, aunque esto suponga perdonar.

En la **relación padres e hijos** ¡qué importante, delicado y enriquecedor es dejar actuar la gracia de la **sanación**!: Saber pedirse perdón ante cada ofensa, y estar dispuestos a darlo. De lo contrario acumularemos resentimientos, que en algunos casos aparecen todavía años más tarde (ante el fallecimiento de algún familiar o en el reparto de la herencia).

Joven (20 años): *Para mi la sanación de esta familia va creciendo poco a poco. Hemos crecido en todo: en el amor entre nosotros, en el convivir, en ayudarnos con nuestros problemas y en vivir mejor. Conclusión: estamos cada vez más cerca de ser un hogar sano y apacible.*

Adolescente (16 años): *Una vez, en una charla, descubrí que estaba en una actitud muy egoísta (común de mi edad decía mamá; pero que había que corregirla) y pedí a toda la familia que me ayudaran a superarlo. Hoy puedo decir que casi lo he superado por completo.*

En la **amistad** dejamos actuar la gracia de la **sanación** cuando aceptamos al amigo tal cual es, aunque haya cosas que no nos gustan de él, y somos capaces de comprender esos errores suyos que tanto nos molestan y de perdonarlos.

¡Cuántas amistades de años se pierden por la falta de perdón!

En los **sacerdotes** actúa la gracia de **sanación** para con su comunidad cuando aceptan y aman a cada feligrés como es, como parte de la familia que Dios le ha encomendado, y se dejan amar por sus feligreses sin exclusividades. Esto no quita que puedan tener sus preferencias, como las tuvo el mismo Jesús con sus discípulos.

Es muy frecuente que algunos feligreses proyecten en el sacerdote los conflictos que tienen sin sanar con sus padres. Así como los sacerdotes podemos proyectar en las personas de la comunidad nuestros traumas en la comunicación familiar; y pretendemos justificarnos en los errores de la gente.

Nuestra falta de aceptación de nuestra persona con nuestro autovalor herido nos vuelven muchas veces exigentes y autoritarios con las personas. Los desequilibrios de nuestra sexualidad nos pueden convertir en personas distantes, hoscas o dependientes, hiriendo a la gente en el trato diario.

Por esta gracia de la **sanación** el sacerdote perdona las ofensas que recibe de sus feligreses y busca la reconciliación entre todos los miembros de la comunidad, con la seguridad de que si se aceptan y perdonan unos a otros van a crecer en el amor y la pertenencia comunitaria.

¡Cuántos dolores, divisiones y alejamientos de feligreses se evitarían, si los sacerdotes tuviéramos más conciencia del poder de esta gracia de sanación para las comunidades cristianas! Y ¡qué lindas las comunidades cuando sacerdotes y feligreses saben reconciliarse frecuentemente y sanarse! El Espíritu hace verdaderas maravillas a través de esta gracia de la **sanación**.

Las heridas, sobre todo las síquicas, a veces las tenemos tan, pero tan incorporadas, que ya nos parecen parte de nuestra vida misma, y no las vemos como heridas que necesiten **sanación**. Pensamos que los demás nos tienen que aceptar como somos.

Es necesario ver los conflictos como un camino para encontrarme conmigo mismo.

Cuando hay problemas en la pareja, normalmente son problemas personales o sea, problemas de nuestra infancia- niño herido- (caja negra, diríamos nosotros).

“Si no tenemos resuelta esta etapa, cuando estamos en pareja es cuando salen a la luz.”

Los problemas de infancia no sanados con los padres los paga el cónyuge, en primer lugar, y después los más cercanos, como dijimos antes.

“Los conflictos son oportunidades para verme; para abrirme sin miedo”.

Ser creativo es: utilizar los conflictos para ver ¿qué me pasa a mí?, para hablar de mí, de lo que a mí me pasa con las actitudes que tengo; para dejar de decir “pobrecito yo”.

“Ver en la queja del otro qué es lo propio de mi persona.

No vivir mostrando los defectos del cónyuge, de los otros, como la forma de ocultar los propios”; sino, “más bien, vernos y reconocernos con la ayuda de los otros y con propia voluntad de **sanación**”.

Hay muchos testimonios de cómo esta gracia de la **sanación** se da también en heridas o enfermedades físicas. En este caso la forma como actúa es a través de la oración del cónyuge, de los padres, de los hijos, de los hermanos, de los amigos, de los feligreses.

Todos sabemos que nuestras manos tienen un natural alivio, y nos las llevamos a la cara cuando nos duele una muela, o nos frotamos la cintura cuando experimentamos molestias. De niños la caricia de la madre era el mejor alivio a cualquier dolor. Si a ese alivio natural lo potenciamos con una oración pidiéndole a Dios que su amor y su poder sanador pase por nuestras manos, el efecto será mucho mayor.

Esposa: Puedo contar también que he experimentado la sanación de Dios en mi físico por medio de mi esposo:

Mi madre estaba saliendo de una lucha contra el cáncer de mamas, y me sugiere, no, mejor dicho, me obliga a que vaya a hacerme unos estudios en las mamas, ya que venían a Mendoza en una campaña contra el cáncer. Con mucha seguridad fui, como para hacer un trámite más. Sorpresa y media fue cuando al querer retirar los estudios, nos informan que debíamos dirigirnos a otro sector donde un grupo de profesionales nos advierten que se encontró un nódulo, el cual debía ser más estudiado. En esa semana me repitieron los estudios, en otro lugar, y seguían confirmando lo mismo, por lo cual me derivan a otro profesional que debía tomar la decisión del tratamiento que debíamos seguir .

*El tiempo de espera para asistir al turno fue de una semana, que para nosotros fue una eternidad. En ese entonces descubrimos esta forma de **sanación**, donde Dios actúa por medio del sacramento del matrimonio. Fue emocionante ver a mi marido sacándose de encima las vergüenzas y tonteras humanas, totalmente entregado y con confianza, poniendo las manos sobre mi pecho, rogándole a Dios que me sanase.*

La sorpresa fue cuando por fin llegó el día del turno tan esperado y tan temido. El profesional repitió los estudios. Grande fue la sorpresa cuando nos notificó que no coincidían con los estudios anteriores; que estos estudios nada tenían que ver con los suyos; que en los actuales aparecía una pequeña masa “en desaparición”, que era propio de la edad, y que no presentaba ningún problema. Nos sugirió, por los antecedentes de mi madre, que me hiciera un control cada 6 meses.

Podría decir que los otros profesionales se equivocaron; que fue uno de los tantos diagnósticos errados. Pero yo sé, y estoy muy segura, que fue Dios. Y lo más maravilloso fue que lo hizo por medio de mi marido, la persona que amo.

Todos aquellos con los que tenemos una relación de amor son instrumentos de Dios para nuestra sanación, aunque nos resistamos a creerlo o nos cueste pedírselo.

Adolescente (16 años): *Al principio me daba un poco de vergüenza, me parecía tonto poner las manos sobre alguno de la familia que necesitara oración. Pero después empecé a vivirlo con más sentido. Sé que todavía me falta para encontrarle el verdadero sentido y profundizarlo. Sin duda sé que es muy bueno y veo los resultados en la familia gracias a eso.*

Niño (11 años): *Antes me daba vergüenza, porque creía que esto no era algo común en las familias. Poco a poco fui aprendiendo que no importa si las otras familias no lo hacen, sino que veo que esto es bueno para ayudarnos; y yo voy aprendiendo a estar un poco más de tiempo abrazados entre todos.*

PREGUNTAS:

- 1) ¿En qué me cuesta más pedir perdón y perdonar?
- 2) ¿En qué necesito yo que la familia me ayude a sanar?

APÉNDICE:

1 - LA NUEVA GENERACIÓN DE PADRES DE FAMILIA

UN PSICÓLOGO NOS COMPARTE

Somos de las primeras generaciones de padres decididos a no repetir con los hijos los mismos errores que pudieron haber cometido nuestros progenitores.

Y en el esfuerzo de abolir los abusos del pasado, ahora somos los más dedicados y comprensivos, pero a la vez los más débiles e inseguros que ha dado la historia.

Lo grave es que estamos lidiando con unos niños más "igualados", beligerantes y poderosos que nunca existieron.

Parece que en nuestro intento por ser los padres que quisimos tener, pasamos de un extremo al otro. Así que, somos los últimos hijos regañados por los padres y los primeros padres regañados por nuestros hijos.

Los últimos que le tuvimos miedo a nuestros padres y los primeros que tememos a nuestros hijos. Los últimos que crecimos bajo el mando de los padres y los primeros que vivimos bajo el yugo de los hijos.

Lo que es peor, los últimos que respetamos a nuestros padres, y los primeros que aceptamos que nuestros hijos no nos respeten.

En la medida que el permisivismo reemplazó al

autoritarismo, los términos de las relaciones familiares han cambiado en forma radical, para bien y para mal.

En efecto, antes se consideraban buenos padres a aquellos cuyos hijos se comportaban bien, obedecían sus órdenes y los trataban con el debido respeto. Y buenos hijos a los niños que eran formales y veneraban a sus padres.

Pero en la medida en que las fronteras jerárquicas entre nosotros y nuestros hijos se han ido desvaneciendo, hoy los buenos padres son aquellos que logran que sus hijos los amen, aunque poco los respeten.

Y son los hijos quienes ahora esperan el respeto de sus padres, entendiendo por tal que les respeten sus ideas, sus gustos, sus apetencias, sus formas de actuar y de vivir. Y que además les patrocinen lo que necesitan para tal fin.

Como quien dice, los roles se invirtieron, y ahora son los papás quienes tienen que complacer a sus hijos para ganárselos, y no a la inversa, como en el pasado.

Esto explica el esfuerzo que hoy hacen tantos papás y mamás por ser los mejores amigos de sus hijos y parecerles "muy cool" a sus hijos.

Se ha dicho que los extremos se tocan, y si el autoritarismo del pasado llenó a los hijos de temor hacia sus padres, la debilidad del presente los llena de miedo y menosprecio al vernos tan débiles y perdidos como ellos.

Los hijos necesitan percibir que durante la niñez estamos a la cabeza de sus vidas como líderes capaces de sujetarlos cuando no se pueden contener y de guiarlos mientras no saben para

dónde van.

Si bien el autoritarismo aplasta, el permisivismo ahoga.

Sólo una actitud firme y respetuosa les permitirá confiar en nuestra idoneidad para gobernar sus vidas mientras sean menores, porque vamos adelante liderándolos y no atrás cargándolos y rendidos a su voluntad.

Es así como evitaremos que las nuevas generaciones se ahoguen en el descontrol y hastío en el que se está hundiendo la sociedad que parece ir a la deriva, sin parámetros, ni destino.

UNA FAMILIA NOS COMPARTE

La única cosa que precisamos es amor, el amor es nuestra paz, el amor es nuestra alegría, salud y riqueza; el amor es nuestra identidad.

Entramos en una relación procurando amor, sin percibir que ya tenemos que traer el amor con nosotros, tenemos que saber quién somos, qué queremos, lo que valemos. Tenemos que llevar para la relación entusiasmo y respeto por uno mismo. Si lo conseguimos hacer razonablemente podremos entrar en la relación dispuestos a compartir lo que poseemos, en vez de temer que alguien nos robe.

Compartir con alegría, respeto y entusiasmo.

Cuando traemos esas cosas, el amor se vuelve un gran multiplicador e intensifica la experiencia de la vida.

Entramos en las relaciones procurando amor, esperando que alguien nos ame; eso pasa porque todos nacemos para expresar y recibir amor.

2 - CUIDA A TU PAREJA

Por el Padre R. Braun (S.J.)

Voy a decir algo que con seguridad va a molestar a muchos, pero que, cuando se los explique, les va a molestar más: y es que a veces cuidamos más lo seguro que tenemos, que lo inseguro.

Me explico: yo siempre digo: **“No cuides tanto a tu familia, cuida a tu pareja”**

Y la gente se sorprende:

¿Pero como que no voy a cuidar mucho a mi familia?

¡Es mi familia!

Y no; tu familia, que es tu familia, está segura. Es tu familia; nunca se pierde.

¿Ustedes han oído decir a alguien «allí va mi ex hijo, allí va mi ex padre»?

No, ¿verdad?

Pero han oído mucho, «allí va mi ex pareja».

Entre los padres, los hijos, los hermanos, la familia, es lo más seguro que se tiene, no hay ex.

Ellos están allí y por muchos años que duren sin verse, por mucho tiempo que tarden en escribirse o en hablarse, ellos están allí.

Usted no puede decir «aquella señora que va pasando por allí fue mi madre por 35 años».

Ella está allí, ella está segura.

Y es más, les voy a decir otra cosa: de todos los amores, que es

tender lazos, de todos los puentes, **el amor más débil que existe es el de pareja.**

En una pareja no hay nada.

Por eso hay que darlo todo, para quedarse con algo.

Tener una pareja es como cuidar una flor.

Si una flor no se riega, se muere, y si se riega mucho, también.

Hay que ser un artista para cuidar una flor.

Yo no sé cuidar flores, por eso soy cura.

Por eso, el amor de padre, de madre y de hijo es como tener un «cují coriano», nadie los riega, pero está ahí.

Eso que llamamos amor eterno se da en papá, en mamá, en un hijo, y en los amigos, que también puede ser un amor eterno.

Pero en una pareja es **un amor diario**, tiene que cuidarse todos los días.

Tengo un hermano en los Estados Unidos que se fue hace más de diez años, y estuve más de diez años sin hablarle. Nunca le llamé, y puedo decirlo que fue hasta por descuido.

Siempre sabía de él por mamá, y cuando vino por primera vez desde que se había ido, lo fui a buscar al aeropuerto, y cuando nos vimos el abrazo fue tan fuerte, que lloramos de emoción.

Allí estábamos.

Pero vete de tu pareja diez años a ver qué encuentras.

Eso es lo que dice que **el amor de pareja es amor de todos los días.**

Yo puedo hablar con mi madre cada semana, una vez a la semana, pero si tuviera pareja, la estaría llamando a cada momento.

Y no es que sea bueno o malo, es que el amor es así.
No se quiere a nadie más por no querer al otro.

Por ejemplo, yo comparo el amor de aquellas parejas que por alguna circunstancia del destino tienen un hijo discapacitado. No es que no quieran a los otros, pero ellos están seguros. De aquél tienen que estar más pendientes, porque se puede caer, o porque a lo mejor no come solo. En cambio, los otros están y los quieren igual, y saben que están ahí.

Si tengo **una pareja, ese es el amor discapacitado**.
De ese tengo que estar más pendiente porque necesita más.

El amor de madre es independiente, **el amor de pareja es dependiente**. Ella depende de mí y yo dependo de ella.

Estamos unidos «hasta que la muerte nos separe»,
pero **el amor que nos debemos es como el amor de un hijo discapacitado**.

Quien tenga esa hermosa Flor, ya saben lo que tienen que hacer:
regarla todos los días para que siempre esté fresca y radiante y se mantenga ahí, hasta que Dios decida llevársela de este mundo.

Y los que no, no dejemos de tener Fe de que Dios nos regalará una flor para nuestro Jardín.

Dios los sigue bendiciendo, ¿o acaso aún no se han dado cuenta?

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA:

“Amarse con los ojos abiertos” de Jorge Bucay

“La conquista de la voluntad” de Enrique Rojas

“El hombre Light” de Enrique Rojas